

KRYSTAL SUTHERLAND



Traducción de  
Marcelo Andrés Manuel Bellon

**GRANTRAVESÍA**

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

LA CASA DE LAS GRIETAS

Título original: *House of Hollow*

© 2021, Krystal Sutherland

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Diseño de portada: Mariana Palova  
Imagen de guardas: Freepik / Wirestock

D.R. © 2022, Editorial Océano, S.L.  
Milanesat 21-23, Edificio Océano  
08017 Barcelona, España  
[www.oceano.com](http://www.oceano.com)  
[www.grantravesia.es](http://www.grantravesia.es)

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.  
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas  
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México  
[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)  
[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)

Primera edición: 2022

ISBN: 978-84-123655-9-7  
Depósito legal: B 10015-2022

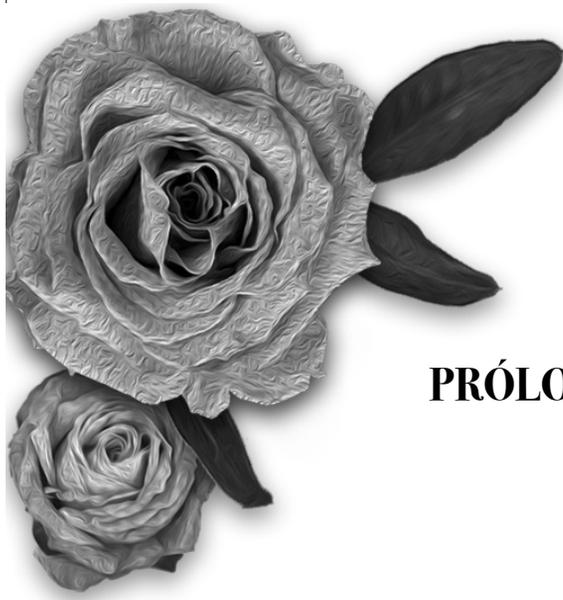
Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en [www.cedro.org](http://www.cedro.org).

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005658010522

*Para Martín,  
mi amante de historias.*





## PRÓLOGO

Tenía diez años cuando me di cuenta de que era extraña. Alrededor de la medianoche, una mujer vestida de blanco se coló por la ventana de mi habitación y cortó un mechón de mi cabello con unas tijeras para costura. Estuve despierta todo el rato siguiéndola con la mirada en la oscuridad, tan congelada por el miedo que no podía moverme, mucho menos gritar.

La observé cuando se llevó el mechón de mi cabello hasta su nariz e inhaló. La observé cuando lo puso en su lengua y cerró la boca y lo saboreó durante algunos instantes antes de tragárselo. La observé cuando se inclinó sobre mí y deslizó sus dedos a lo largo de mi cicatriz en forma de gancho en mi cuello, en la base de mi cuello.

No fue sino hasta que abrió la puerta —que conducía a la habitación de mis hermanas mayores, con las tijeras sostenidas a un lado—, cuando finalmente conseguí gritar.

Mi madre la derribó en el pasillo. Mis hermanas ayudaron a sujetarla. La mujer era ruda y estaba rabiosa. Golpeó a las tres con una fuerza alimentada por las anfetaminas, nos enteramos después. Mordió a mi madre. Lanzó su cabeza contra la cara de mi hermana Vivi, tan fuerte que le rompió

la nariz y alrededor de sus ojos se vieron los moratones durante semanas.

Fue Grey, mi hermana mayor, quien finalmente la sometió. Cuando pensó que mi madre no estaba mirando, se agachó sobre el rostro de la salvaje mujer y presionó sus labios contra su boca. Fue un beso suave sacado de un cuento de hadas, que se volvió horripilante por el hecho de que la barbilla de la mujer estaba manchada con la sangre de nuestra madre.

Por un momento, el aire olió dulce y rancio, una mezcla de miel y algo más, algo podrido. Grey se retiró y sostuvo la cabeza de la mujer entre sus manos. Luego, la observó intensamente, esperando. Los ojos de mi hermana eran tan negros que parecían piedras de río pulidas. Tenía catorce años entonces, y ya era la criatura más guapa que yo pudiera imaginar. Quería arrancar la piel de su cuerpo y cubrir con ella el mío.

La mujer se estremeció bajo el tacto de Grey y luego sólo... se detuvo.

Para cuando llegó la policía, los ojos de la mujer estaban muy abiertos y distantes, y sus extremidades tan laxas que no conseguía mantenerse en pie, así que tuvieron que llevarla entre tres oficiales, tan flácida como si estuviera ebria.

Me pregunto si en ese entonces Grey ya sabía qué éramos.



La mujer, según nos dijo la policía más tarde, había leído sobre nosotras en internet y estuvo acosándonos durante varias semanas antes de irrumpir en nuestra casa.

Éramos famosas por algo extraño que nos había sucedido tres años antes, cuando yo tenía siete, algo que yo no podía

recordar y en lo que nunca pensaba, pero que al parecer intrigaba profundamente a muchas personas.

Después de eso, me he centrado en nuestra extrañeza. En los años que siguieron, me fijé en ella y la vi florecer a nuestro alrededor de maneras inesperadas. Estaba el hombre que intentó meter a la fuerza a Vivi en su coche cuando ella tenía quince años porque pensaba que ella era un ángel; mi hermana le rompió la mandíbula y le arrancó dos dientes. Estaba el profesor, aquel que Grey odiaba, que fue despedido después de que la empujó contra una pared y la besó en el cuello frente a todos sus compañeros de clase. Estaba la chica guapa y popular que me había estado acosando, que se puso frente a toda la escuela en la asamblea y rapó su cabeza por completo, en silencio, mientras las lágrimas corrían por su rostro y los oscuros mechones caían formando montones a sus pies.

Cuando encontré los ojos de Grey, a través del mar de rostros ese día, ella me estaba observando fijamente. La chica me había estado acosando durante meses, pero apenas le había hablado sobre ello a mi hermana una noche antes. Grey me guiñó un ojo y enseguida volvió su atención al libro que estaba leyendo, indiferente al espectáculo. Vivi, siempre menos sutil, tenía los pies apoyados en el respaldo de la silla frente a ella y sonreía de oreja a oreja con su torcida nariz arrugada por el placer.

En torno a las hermanas Hollow tenían lugar hechos oscuros y peligrosos.

Las tres teníamos los ojos negros y el cabello blanco como la leche. Las tres teníamos nombres encantadores de cuatro letras: Grey, Vivi, Iris. Íbamos a la escuela juntas. Comíamos juntas nuestro almuerzo. Caminábamos de regreso a casa juntas. No teníamos amigos porque no las necesitábamos. Nos

movíamos a través de los pasillos como tiburones, mientras el resto de los pececillos se separaban alrededor de nosotras y susurraban a nuestras espaldas.

Todos sabían quiénes éramos. Todos habían oído nuestra historia. Todos tenían sus propias teorías acerca de lo que nos había sucedido. Mis hermanas utilizaban esto a su favor. Eran muy buenas para cultivar su propio misterio, haciendo que la embriagadora intriga que maduraba alrededor de ellas adoptara la forma que ellas elegían. Yo me limitaba a seguir su estela, callada y estudiosa, siempre avergonzada por la atención recibida. La extrañeza sólo engendraba extrañeza, y me parecía peligroso tentar al destino, invitar a la oscuridad que parecía ya naturalmente atraída hacia nosotras.

No se me ocurrió pensar en que mis hermanas dejarían la escuela mucho antes que yo, hasta que ocurrió. La escuela no les había sentado bien a ninguna de las dos. Grey era muy inteligente, pero nunca encontró nada en el plan de estudios que le gustara especialmente. Si en alguna clase le pedían que leyera y analizara *Jane Eyre*, entonces ella podía decidir que *Infierno*, de Dante, era más interesante y escribía su ensayo sobre eso. Si en la clase de arte le pedían que bocetara un autorretrato realista, ella dibujaría en su lugar un monstruo de ojos hundidos con las manos ensangrentadas. A algunos profesores eso les encantaba; a la mayoría, no. Antes de que abandonara la escuela, Grey sólo obtenía calificaciones mediocres. Si eso le molestaba, nunca lo demostró, avanzando sin rumbo por las clases con la seguridad de una persona a la que una clarividente le ha dicho su futuro y es feliz por ello.

Vivi prefería faltar a la escuela con la mayor frecuencia posible, lo que aliviaba a la administración, dado que era un

problema cada vez que ella asistía. Se enfrentaba a los profesores, recortaba sus uniformes para hacerlos parecer más punk, pintaba grafitis en los baños y se negaba a quitarse sus numerosos piercings. Los pocos deberes que entregó durante su último año obtuvieron las mejores notas de la clase, pero no fueron suficientes para mantenerla inscrita. Lo cual le vino muy bien a ella. Toda estrella de *rock* necesita una historia de origen, y ser expulsada de una escuela que cobra treinta mil libras al año era el mejor punto de partida.

Las dos eran así incluso entonces, las dos ya eran poseedoras de una confianza alquímica en sí mismas que pertenecía a los humanos mucho mayores. No les importaba lo que los demás pensarán sobre ellas. No les importaba lo que los otros pensarán que era genial (lo cual, por supuesto, las hacía *insoportablemente* geniales).

Dejaron la escuela —y la casa— con pocas semanas de diferencia. Grey tenía diecisiete años; Vivi tenía quince. Salieron al mundo, ambas con rumbo al glamuroso y exótico futuro al que siempre supieron que estaban destinadas. Así es como me encontré sola, la única Hollow que quedaba, todavía luchando por prosperar en las largas sombras que sus hermanas dejaron detrás. La chica callada y brillante que adoraba la ciencia y la geografía, la que tenía un don natural para las matemáticas. La que deseaba con desesperación, por encima de cualquier otra cosa, pasar desapercibida.

Poco a poco, mes a mes, año tras año, la extrañeza que había rodeado a mis hermanas comenzó a desaparecer y, durante un buen tiempo, mi vida fue lo que había anhelado después de ese momento en que vi a Grey sedar a una intrusa con un simple beso: normal.

Por supuesto, eso no podía durar.



# 1

Se me cortó la respiración cuando vi el rostro de mi hermana observándome fijamente desde el suelo.

La fina cicatriz en forma de gancho de Grey seguía siendo lo primero que veías en ella, seguido de lo dolorosamente guapa que era. La revista *Vogue* —su tercera portada en la versión estadounidense en el mismo número de años— debía haber llegado junto con el correo y había aterrizado con la portada hacia arriba justo en la alfombra del vestíbulo, donde la encontré a la luz plateada y fantasmal de la mañana. Las palabras *La guardiana secreta* flotaban en una frase color verde debajo de su fotografía. Su cuerpo estaba inclinado hacia el fotógrafo, sus labios estaban entreabiertos en un suspiro, sus ojos negros miraban fijamente a la cámara. Un par de cuernos se fundían con su cabello blanco como si fueran suyos.

Por un breve y hechizado momento pensé que ella se encontraba de verdad ahí, de carne y hueso. La tristemente célebre Grey Hollow.

En los cuatro años que habían transcurrido desde que se fue de casa, mi hermana mayor se había convertido en una mujer de cabello como de hebras de caramelo y un rostro de

mitología griega. Incluso en las imágenes fijas había algo vaporoso y diáfano en ella, como si pudiera ascender al éter en cualquier momento. Quizás ésa era la razón por la que los periodistas siempre la describían como *etérea*, aunque yo siempre había pensado en Grey como más terrenal. Ningún artículo había mencionado jamás que ella se sentía más en casa cuando estaba en el bosque o lo buena que era para hacer crecer las cosas. Las plantas la adoraban. La planta de wisteria fuera de su habitación de la infancia a menudo se colaba por la ventana abierta y se enroscaba en sus dedos por las noches.

Levanté la revista y le di un vistazo al artículo de portada.

Grey Hollow viste sus secretos como si fueran seda.

Cuando me encuentro con ella, en el vestíbulo del Lanesborough (Hollow nunca permite a los periodistas acercarse a su piso y tampoco, según los rumores, organiza fiestas o recibe invitados), está vestida con una de sus enigmáticas y distintivas creaciones. Piensa en laboriosos bordados, cientos de abalorios, hilos de oro, y un tul tan ligero que flota como si estuviera hecho de humo. Los diseños de alta costura de Hollow han sido descritos como un cuento de hadas que se encuentra con una pesadilla en el interior de un sueño febril. Los vestidos gotean hojas y pétalos en descomposición, sus modelos de pasarela llevan cuernos sacados de cadáveres de ciervos y pieles de ratones desollados, y ella insiste en ahumar sus telas en madera antes de cortarlas, de manera que sus desfiles tienen un aroma a incendio forestal.

Las creaciones de Hollow son bonitas, decadentes y extrañas, pero es la naturaleza clandestina de sus piezas lo que las ha hecho tan famosas rápidamente. Hay mensajes secretos

cosidos a mano en el forro de cada uno de sus vestidos... pero eso no es todo. Varias celebridades han informado que han encontrado trozos de papel enrollado entre las telas, o fragmentos de huesos de animales grabados junto a las piedras preciosas, o símbolos rúnicos pintados con tinta invisible, o minúsculos frascos de perfume que se quiebran cual barritas luminosas cuando la persona se mueve, liberando la embriagadora esencia que lleva el nombre de Hollow. Las imágenes que aparecen en sus bordados son extrañas, en ocasiones perturbadoras. Piensa en flores híbridas y minotauros esqueléticos, con los rostros desprovistos de carne.

Al igual que su creadora, cada pieza es un rompecabezas que pide ser resuelto.

Detuve la lectura ahí, porque sabía lo que decía el resto del artículo. Sabía que hablaría de eso que nos sucedió cuando éramos niñas, eso que ninguna de nosotras podía recordar. Sabía que hablaría de mi padre, de la manera en que murió.

Pasé los dedos por la cicatriz en mi cuello. La misma cicatriz en forma de medialuna que compartía con Grey, con Vivi. La cicatriz que ninguna de nosotras podía recordar cómo obtuvimos.

Llevé la revista a mi habitación y la deslicé debajo de mi almohada para que mi madre no la encontrara y no la quemara en el fregadero de la cocina, como había hecho con la última.

Antes de salir, abrí la aplicación Find Friends en mi teléfono y comprobé que estuviera activada y transmitiendo mi ubicación en tiempo real. Era un requerimiento de mis salidas cotidianas a correr que mi madre pudiera seguir mi pequeño

avatar naranja mientras se movía de arriba abajo a través de Hampstead Heath. De hecho, era un requisito si quería salir de casa para *cualquier cosa* que mi madre pudiera seguir a mi pequeño avatar naranja mientras se movía de arriba abajo a través de... donde fuera. El avatar de Cate todavía rondaba por el sur, en el Royal Free Hospital, dado que su turno de enfermería en la sala de urgencias se había prolongado (como de costumbre) por las horas extra.

**Estoy saliendo en este momento**, le escribí en un mensaje.

**De acuerdo, te estaré vigilando**, respondió ella de inmediato. **Envíame un mensaje cuando estés a salvo, de regreso en casa.**

Me interné en el frío invernal previo al amanecer.

Vivíamos en una casa alta y puntiaguda, cubierta de estuco blanco y envuelta en vitrales que me recordaban a las alas de una libélula. Los restos de la noche todavía se aferraban a los aleros y se acumulaban en los charcos bajo el árbol de nuestro patio delantero. No era el tipo de lugar que una madre soltera con salario de enfermera pudiera permitirse, pero había pertenecido a los padres de mi madre, quienes murieron en un accidente automovilístico cuando ella estaba embarazada de Grey. Ellos la habían comprado al inicio de su matrimonio, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los precios de las propiedades en Londres se habían desplomado a causa del Blitz. Eran apenas unos adolescentes en ese tiempo, un poco mayores de lo que yo soy ahora. La casa alguna vez había sido majestuosa, pero se había ajado y hundido con el tiempo.

En mi vieja foto favorita del lugar, tomada en la cocina en algún momento de los años sesenta, la habitación esta-

ba llena de una perezosa luz solar, del tipo que se extiende varias horas durante los meses de verano y se pega a las copas de los árboles en forma de halos dorados. Mi abuela estaba mirando de reojo a la cámara, mientras un caleidoscopio de color verde brillante se proyectaba sobre su piel desde un vitral que ya entonces estaba roto. Mi abuelo estaba de pie a su lado, rodeándola con el brazo, con un cigarro en la boca, unos pantalones de talle alto y unas gafas de culo de botella sobre la nariz. El aire parecía cálido y nublado y mis abuelos estaban sonriendo. Estaban tranquilos, relajados. Si no conocieras su historia, podrías pensar que eran felices.

De los cuatro embarazos que llevó a término, mi abuela sólo había dado a luz a una hija viva cuando ya era bastante mayor: mi madre, Cate. Las habitaciones de esta casa que habían sido destinadas a los niños se habían quedado vacías, y mis abuelos no vivieron lo suficiente para ver a ninguna de sus nietas nacer. Hay cosas en cada familia de las que no se habla. Historias que conoces sin saber en realidad cómo las conoces, historias de cosas terribles que proyectan sus largas sombras a través de las generaciones. Los tres bebés muertos de Adelaide Fairlight eran una de esas historias.

Otra era eso que nos sucedió a nosotras cuando yo tenía siete años.

Vivi llamó antes de que hubiera llegado al final de la calle. Respondí a la llamada con mis AirPods, sabiendo que era ella sin siquiera mirar la pantalla.

—Oye —exclamé—. Te has levantado temprano. Ni siquiera debe ser la hora del almuerzo en Budapest todavía.

—Ja-ja —la voz de Vivi sonaba apagada, distraída—. ¿Qué estás haciendo?

—He salido a correr. Ya sabes, eso que hago todas las mañanas —giré a la izquierda en la esquina y corrí por el sendero, más allá de los campos deportivos desiertos y las copas de los árboles que se erguían altos y desnudos en medio del frío. Era una mañana gris, el sol bostezaba con pereza en el cielo, detrás de un manto de nubes. El frío hacía punzar mi piel expuesta, arrancaba lágrimas de mis ojos y hacía que mis oídos dolieran con cada latido de mi corazón.

—Qué horror —dijo Vivi. Oí el anuncio de una aerolínea al fondo—. ¿Por qué te haces eso? —pregunté.

—Es el último grito de la moda para la salud cardiovascular. ¿Estás en un aeropuerto? —insistí.

—Vuelo para un concierto esta noche, ¿recuerdas? Acabo de aterrizar en Londres.

—No, no lo recuerdo. Porque en realidad no me lo habías dicho.

—Estoy *segura* de que te lo dije.

—Negativo.

—Da igual, estoy aquí, y Grey está volando hacia aquí desde París para alguna sesión de fotos hoy, así que estaremos un rato juntas en Camden antes del concierto. Pasaré a por ti en cuanto salga de este horrible aeropuerto.

—Vivi, hoy es día de escuela.

—¿Todavía estás en esa institución destructora de almas? Espera, no me cuelgues, voy a pasar por inmigración.

Mi camino habitual me llevaba a través de los verdes campos de Golders Hill Park, con su césped salpicado de una bomba de confeti de narcisos amarillos y azafranes blancos y morados. Había sido un invierno benigno y la primavera ya comenzaba a asomarse vibrante a través de la ciudad a mediados de febrero.

Los minutos pasaron. Oí más anuncios de aerolíneas de fondo mientras corría por el borde occidental de Hampstead Heath, luego a través del parque, más allá de la piedra blanqueada de Kenwood House. Me adentré en lo más profundo de los serpenteantes laberintos silvestres de la maleza, tan estrechos, verdes y antiguos en algunos tramos que resultaba difícil creer que seguías estando en Londres. Me sentía atraída por las partes más indómitas, donde los senderos estaban llenos de barro y los gruesos árboles de cuentos de hadas crecían en forma de arcos. Las hojas de los árboles pronto volverían, pero esta mañana me movía bajo una maraña de ramas desnudas y mi camino estaba bordeado a ambos lados por una alfombra de detritos. El aire, cargado de humedad, olía a agua. El barro era muy delgado debido a la lluvia reciente y resbalaba por la parte trasera de mis pantorrillas a medida que avanzaba. El sol estaba saliendo en ese momento, pero la luz de la mañana temprana estaba todavía impregnada por un poco de tinta. Eso hacía que las sombras fueran más profundas, con aspecto hambriento.

La voz entrecortada de mi hermana sonó al teléfono:

—¿Todavía estás ahí?

—Sí —respondí—. Para mi enorme disgusto. Tus modales telefónicos son espantosos.

—Como te estaba diciendo, la escuela es totalmente aburrida y yo estoy muy emocionada. Exijo que faltes a tus clases y salgas conmigo.

—No puedo...

—No me obligues a llamar a la dirección para decirles que necesitas el día libre para un examen de ETS o algo así.

—No lo harías...

—De acuerdo, ha sido agradable charlar contigo, ¡nos vemos pronto!

—Vivi...

La línea se quedó en silencio al mismo tiempo que una paloma salía disparada de entre la maleza directa hacia mi cara. Grité y caí de espaldas en el barro mientras mis manos se levantaban por instinto para proteger mi cabeza, aunque el pájaro ya se había alejado volando. Y entonces... un pequeño movimiento en el sendero, más adelante. Había ahí una figura, oscurecida por los árboles y la hierba crecida. Un hombre, pálido y sin camisa a pesar del frío, lo suficientemente lejos para no saber si estaba mirando en mi dirección.

Desde esta distancia, a la luz plomiza, parecía como si llevara una calavera con cuernos sobre su cabeza. Pensé en mi hermana en la portada de *Vogue*, en los cuernos que sus modelos llevaban en las pasarelas, en las bestias que ella bordaba en sus vestidos de seda.

Respiré profundamente varias veces y me mantuve sentada en el barro sin saber si el hombre me había visto o no, pero él no se movió. Una brisa me refrescó la frente llevándose el olor del humo del bosque y el hedor húmedo y agreste de algo salvaje.

Yo conocía ese olor, pero no podía recordar lo que significaba.

Me puse de pie rápidamente y corrí de regreso por donde había llegado, con la sangre ardiente circulando veloz, mis pies resbalando, las visiones de un monstruo atrapando mi cola de caballo repitiéndose dentro de mi cabeza. Fui mirando hacia atrás hasta que pasé Kenwood House y llegué trastabillando a la calle, pero nadie me seguía.

El mundo fuera de la verde burbuja de Hampstead Heath estaba ocupado, como siempre. Londres estaba despertando.

Cuando recuperé el aliento, mi miedo fue reemplazado por la vergüenza de que una húmeda mancha marrón se hubiera extendido por la parte trasera de mis mallas. Me mantuve alerta mientras corría de regreso a casa de la manera en que las mujeres lo hacen: sólo con un AirPods, una generosa porción de adrenalina recorriendo mi columna. Un taxista que pasaba se rio de mí y un hombre que había salido para fumarse el primer cigarrillo del día me dijo que era guapa, que sonriera.

Ambos dejaron un pinchazo de miedo y rabia latiendo en mis entrañas, pero seguí corriendo y ellos se desvanecieron a mis espaldas dentro del ruido blanco de la ciudad.

Así era con Vivi y Grey. Sólo había hecho falta una llamada suya para que la extrañeza comenzara a filtrarse de nuevo.

Ya en mi calle, le envié un mensaje a mi hermana Vivi:

**NO vayas a mi escuela.**